



TEXTOS Y ORACIONES

CURSO 2025-2026

TEXTOS VARIOS

EL HERMANO DE ASÍS. VIDA PROFUNDA DE SAN FRANCISCO.

La voz de Francisco era debilísima. Y cuando sus labios comenzaban a moverse, los hermanos se le aproximaban para escuchar sus últimas palabras.

- *Hermano León* —dijo el Hermano—, *oigo las campanas de la eternidad. Me están llamando a la fiesta. ¡Qué alegría!*

Hubo un largo silencio.

De pronto, inesperadamente, como quien llega de regiones desconocidas, el Pobre de Dios levantó la voz y dijo: *Hermano León, escribe estas mis últimas palabras: Mi Señor, me arrastraré de rodillas hasta tus pies, me sentaré a tu sombra y cubriré con las dos manos mi desnudez. Con tus manos tomarás mis manos, me levantarás, me abrazarás y me dirás: Eres hijo de mi Amor y sombra de mi Sustancia. Me besarás en la frente y colgarás una guirnalda a mi cuello. Pondrás anillo de oro en mi anular y vestido de príncipe sobre mi desnudez.*

Y me dirás: Hijo mío, mírame a los ojos. Miraré y allá lejos, sobre las últimas laderas de tu corazón, veré escrito mi nombre. Y yo te diré: Déjame entrar en ese mar. Y Tú me dirás: Entra. Y avanzaré mar adentro, y me perderé allí, y perderé la cabeza, y soñaré.

¿No te da vergüenza tenerme por hijo?, te preguntaré. Y me responderás: ¿No has visto escrito tu nombre en el rincón más florido? Pondrás tus mejillas sobre las mías y me dirás: Por los espacios siderales no hay otro: eres el único.

Mi Dios, ¿es verdad que me soñaste antes de que el rocío apareciera en la madrugada? ¿Es verdad que tus pies caminaron por los siglos y por los mundos detrás de mi sombra fugitiva? Dime, ¿es verdad que cuando me encontraste el cielo se deshizo en canciones? ¿Es verdad que cuando se me rinden los ojos y me entrego en brazos del sueño, tú quedas a mi lado velando mi descanso?

¿Qué tengo que darte?, te preguntaré. El dar me corresponde a Mí, a ti sólo el recibir, responderás. ¿Por qué no hablas?, te preguntaré. El silencio es el lenguaje del amor, responderás.

Esta noche llegaré a tu casa. Me acostarás sobre un lecho de flores. Entornarás las ventanas para que la luna no me dé en los ojos. Te diré: Vengo de lejos; soy un niño cansado y herido, y tengo sueño. Con manos de madre me tocarás los ojos y me dirás: Duerme. Y me perderé en el mar...

Se hizo un larguísimo silencio. Nadie hablaba. Todos miraban al agonizante.

Un hermano leyó el Evangelio de la Pasión según San Juan.

Era el atardecer del 3 de octubre de 1226. Los últimos rayos de oro cubrían de nostalgia y aires de eternidad los picos más altos de los Apeninos. La tierra

había entregado su cosecha dorada y presentaba el rostro de satisfacción de quien ha cumplido su misión.

Inesperadamente, el agonizante abrió los ojos; hizo ademán de incorporarse, diciendo: *¡Ya llega! ¡Ya llega!*

Había en su voz y en su expresión algo de ansiedad, mucho de alegría y una cierta sensación de alivio de quien va a ser liberado de la cárcel. Los hermanos lo miraron expectantes. El agonizante se hundió de nuevo en su lecho y quedó en silencio, respirando con dificultad.

A los pocos minutos abrió de nuevo los ojos, y esta vez sin ninguna ansiedad y sin moverse, dijo: *¡Ya ha llegado!* Con voz debilísima añadió: *Hermanos, ayudadme a incorporarme.*

Los cuatro veteranos lo tomaron con gran veneración y lo sentaron en el lecho mortuario. Extendió los brazos y, mirando hacia la puerta de la choza, dijo con voz apagada: *Bienvenida seas, hermana mía, Muerte. No sé por qué todo el mundo te teme tanto, amable hermana. Eres la hermana libertadora, llena de piedad. ¿Qué sería sin ti de los desesperados, de los sumidos en la cárcel de la tristeza? Nos libras de este cuerpo de pecados de tantos peligros de perdición. Nos cierras las puertas de la vida y nos abres las puertas de la Vida.*

Luego, dirigiéndose a los presentes, les dijo: *Caballeros de mi Señor, si en el transcurso de nuestra breve vida hemos rendido cortesía caballeresca a Nuestra Señora Pobreza, es correcto que lo hagamos ahora con la Señora Hermana Muerte que acaba de llegar para librarme de la cárcel del cuerpo y llevarme al paraíso inmortal.*

E improvisó una «liturgia» caballeresca. Mandó al médico que se plantara en la puerta de la choza y que, como introductor de embajadores, anunciara solemne y gozosamente la llegada de la ilustre visitante.

Pidió a los hermanos que lo colocaran en el suelo. Por última vez los cuatro leales veteranos lo tomaron con infinita reverencia y lo colocaron en la tierra sobre una piel de oveja. El Hermano mandó que, en honor de la hermana Muerte, derramaran polvo y ceniza sobre su cuerpo. Así lo hicieron.

Pocos minutos después el moribundo comenzó a rezar el salmo «Con mi voz clamé al Señor». Los hermanos lo continuaron.

El Hermano tenía cuarenta y cinco años. En veinte años escasos había consumado esta singular historia del espíritu.

En el bosque y en la cabaña, los hermanos seguían cantando fervorosamente el Cántico del hermano sol.

El Hermano yacía en el suelo. Ya no se movió más.

Todo estaba consumado.

En este momento se formó espontáneamente, sin ningún plan premeditado, un cortejo triunfal que acompañaría al Pobre de Dios hasta el umbral del paraíso.

Abrían la marcha los ángeles, arcángeles, querubines, serafines, principados y potestades. Ocupaban el firmamento de un extremo a otro y cantaban Hosannas al Altísimo y a su siervo Francisco.

Luego venían los jabalíes, lobos, zorros, chacales, perros, pumas, bueyes, corderos, caballos, leopardos, bisontes, osos asnos, leones, paquidermos, antílopes, rinocerontes. Todos ellos avanzaban en orden compacto. No se amenazaban ni se atacaban unos a otros. Al contrario, parecían viejos amigos.

Detrás volaban los murciélagos, mariposas, abejas, cóndores, colibríes, alondras, moscardones, golondrinas, grullas, zorzales, pinzones, perdices, gorriónes, ruiseñores, mirlos, gallos, gallinas, patos. Había tal armonía entre ellos como si toda la vida hubieran convivido en el mismo corral en la mejor camaradería.

Más tarde seguían los caimanes, delfines, hipopótamos, peces espada, ballenas, pejerreyes, dorados, peces voladores, truchas. Era admirable: los peces grandes no se comían a los peces chicos. Parecían hermanos de una misma familia. Finalmente cerraban el cortejo las cobras, anacondas, víboras, boas, lagartos, lagartijas, dinosaurios, plectosaurios y serpientes de cascabel.

Mientras en el bosque de la Porciúncula no cesaba de resonar el Cántico del hermano sol, todos estos hermanos cantaban, gritaban, piaban, graznaban, rebuznaban, silbaban, bramaban, aullaban, ladraban, rugían, balaban, mugían.

Desde el principio del mundo no se había escuchado semejante concierto. Todas las criaturas, según su naturaleza, cantaban aleluyas a su amigo y hermano Francisco. Y Francisco y las criaturas alababan, al unísono, al Altísimo Creador.

Detrás de esta escolta triunfal, el Hermano de Asís, sentado sobre un burrito, se despegó de la tierra y empezó a cruzar los cielos. Se había abierto la puerta grande del paraíso como en las grandes solemnidades. Desde el día de la Ascensión, no se había abierto esa puerta.

El Pobre de Dios arrastraba consigo a toda la creación al paraíso.

Había reconciliado la tierra con el cielo, la materia con el espíritu. Era una llama desprendida del leño. Era la piedad de Dios que retornaba a casa.

Lentamente, muy lentamente, el Hermano fue internándose en las órbitas siderales. Fue alejándose como un meteoro azul hasta que se perdió en las profundidades de la eternidad.

Ignacio Larrañaga

El poeta Rilke, en “El libro de la pobreza y de la muerte” empieza señalando que muchos no saben morir, que no llegan a madurar y a elaborar su propia muerte, por lo que su vida les es arrebatada desde fuera, muriendo de una muerte en serie, que nada tiene que ver con ellos. Mientras que el anonimato y la banalidad convierten en horrorosa la muerte ajena, la muerte propia se constituye como el objetivo de toda la vida, que se tensa como un arco hacia ese momento de máxima intensidad vital que es la muerte propia.

La tesis del poeta es “vivir la propia muerte” como posibilidad humana de ser sí mismo hasta el final. Rilke explica también por qué nos es dada la posibilidad de morir nuestra muerte propia. Justo porque hay en nosotros algo eterno, nuestra muerte no es similar a la animal... Exactamente en la medida en que hay algo de eternidad en nosotros, podemos elaborar y trabajar nuestra propia muerte, lo que nos distingue radicalmente del resto de los animales. Pero ocurre que no sabemos hacerlo y que traicionamos nuestra más alta vocación, de manera que nuestra muerte no llega a vivirse siempre dignamente. Como tenemos demasiado miedo al dolor y al sufrimiento, nos empeñamos en vivir la vida sin anticipar su final, en vivir ciega y estúpidamente, como si fuéramos inmortales; y como no llegamos a madurar nuestra propia muerte, parimos en su lugar un aborto ciego, una muerte inconsciente de sí.

José Carlos Bermejo Higuera

“¿Qué les enseñamos a nuestros contemporáneos hoy en día? Que la muerte ocurre lejos de nosotros en los hospitales, que los dolientes no tienen necesariamente que acompañar al ataúd al cementerio, que ya no vemos a la muerte. O, más bien, que la vemos continuamente: personas golpeadas, baleadas o despedazadas en explosiones; hundidas en el fondo del río con los pies envueltos en concreto; tiradas sin vida en la acera, con la cabeza rodando en la cuneta. Pero éstos no son ni prójimos ni queridos: son actores. La muerte es un espectáculo; por supuesto en el cine y la televisión, pero también en la vida real. Devoramos las noticias de los medios sobre la muchacha que fue violada y asesinada, o sobre las víctimas de un asesino serial. No vemos los cuerpos torturados, pues eso nos recordaría a la muerte en sí. Más bien vemos a los amigos llorosos que llevan flores a la escena del crimen u organizan una vigilia a la luz de las velas. O, mucho más sádico, vemos a los reporteros que tocan a la puerta de una madre en duelo para preguntarle qué sintió al enterarse del asesinato de su hija. La muerte en sí se muestra sólo de manera indirecta, a través del dolor de los amigos y los padres, lo que nos afecta menos visceralmente. La muerte ha desaparecido en gran medida de nuestro horizonte de experiencia inmediato. El resultado es que habrá más gente aterrada cuando llegue el momento de enfrentarse al evento que ha sido nuestro destino desde el nacimiento. Un destino que los hombres sabios dedican toda su vida a aceptar.”

Umberto Eco, Baile en torno a la muerte.

“Si negamos la muerte, ella sigue presente, pero como negación de la vida; si afirmamos la muerte, sigue presente pero como afirmación de la vida. Porque la huida de la conciencia de la muerte no es huida de la muerte, sino de la vida. [...] Es, pues, el instante el punto donde se encuentran la angustia de la certidumbre de la muerte por un lado y por el otro una promesa ebria de eternidad.”

“Llegado un momento somos más nuestros muertos que nuestros vivos. Con cada ser amado que muere nosotros morimos un poco, es cierto; pero también es cierto que ellos comienzan a vivir en nosotros de un modo que jamás lo hicieron en vida (supongo que ha de ser porque no podemos defendernos de su ausencia como lo hacíamos de su presencia).”

Eduardo Cohen (1939-1995), Hacia un arte existencial.

No sé cómo será. Ese misterioso último instante en el que uno parece pasar, sin más, de la vida a la muerte. No vivo con miedo ni mucho menos pero reconozco en mí algo de morbosa curiosidad al pensar en ese momento en el que, llegada la hora, toca partir. Porque sí, **aunque el mundo parezca a veces querer ocultárnoslo, la muerte forma parte de la vida.**

No sé cómo será pero sí sé que no será un fracaso. Morir no es perder el juego de la vida. Morir no es caer en la batalla. Morir tampoco es el único argumento de la obra. **Pero por muy asumido que lo crea tener la muerte sigue clavando su agujón cada vez que veo irse a un ser querido. Qué fácil es saber las cosas y qué difícil es vivirlas.** Porque sé que morir es parte de mi condición de criatura, como también lo es equivocarme o ser incapaz de hacer ciertas cosas. Y, sin embargo, por mucho que lo sepa me sigo descubriendo a menudo intentando dominar la vida, esforzándome en vano en ser señor de mi propia finitud.

No sé cómo será pero sí sé cómo espero que sea. **Espero poder llegar a ese día después de una vida vivida contigo y como Tú.** Haber vivido contigo en lo oculto, donde aparentemente no pasaba nada, confiando en que el Reino también brota aunque nadie se dé cuenta. Haber vivido como Tú el trabajo y el ministerio, caminando siempre al lado de los hombres y mujeres de tu Pueblo, habiendo podido colaborar contigo a cargar con sus cruces. Vivir contigo y como Tú... para también poder un día morir contigo y como Tú. **Poder escuchar en ese último día tu voz pronunciando mi nombre.**

Ángel Benítez Donoso, sj

Por más que nos venden, por todos los frentes, que son los objetos los que nos dan felicidad, o el ser el primero en tener lo último, o el redecorar la casa, o los kilómetros de aventura que recorreremos, lo cierto es que una vida de calidad, de armonía interior y plenitud, es aquella en la que vives de acuerdo con tu proyecto personal, en la que guardas todos los días un rato para reflexionar cómo quieres vivir, cuando gastas tiempo en los demás, cuando trabajas aportando a la sociedad lo mejor tuyo, cuando practicas la justicia en pequeños detalles laborales, familiares, sociales, cuando compartes, parte de lo que tienes de más, con los que sabes que no tienen lo necesario, cuando amas gratuitamente, es decir, a fondo perdido, sin esperar que el otro te corresponda, sino aceptándole empáticamente, permitiéndole ser distinto a ti y expresar sus afectos, como puede y como sabe.

Y por último, cuando vives la vida como una fiesta y se la haces festiva, agradable y divertida a los demás; si, además, todo esto lo vives acompañado con la presencia y fortaleza de Dios, que nos pone las pilas, nos impulsa la misericordia, la justicia, el sosiego y la ilusión y nos da pistas para vivir una existencia apasionante, entonces ya es el colmo de la felicidad y la plenitud.

Frenemos la prisa, el gasto loco, el despilfarro contagioso, el lujo que se nos ha colado en la vida cotidiana y amemos más, adivinemos lo que necesita el otro y compartamos, reciclemos, acojamos, pidamos y ofrezcamos. Invitemos en casa, ya que comer fuera es un lujo, juguemos una partida de cartas, montemos una tarde de cine doméstico (con palomitas mejor), inventemos un ocio en transporte público, recuperemos los paseos, la contemplación, las tertulias, el préstamo de libros, música o cine, las excursiones a la naturaleza, la visita a exposiciones, parques y zonas de nuestro entorno, que nos seguirán sorprendiendo. Y también dejemos ratos para no hacer nada, que es tan sano y relajante.

Este es un momento sagrado e importante para conseguir una vida de calidad, unos encuentros profundos, unas redes sociales sólidas que nos ayuden a entusiasmarlos con esta nueva etapa de bajón económico y de subidón de lo principal, lo importante, lo bello, lo sosegado, lo sagrado y lo gratuito. Que Dios nos ayude a hacer la revolución del Amor, que es en definitiva lo que estoy escribiendo. Ahí va un abrazo.

Mari Patxi Ayerra

POEMAS Y ORACIONES

FINAL

Y así, como quien riega su silencio,
te has ido sin hacer daño a la muerte,
ciudadano del cielo y de la tierra,
cachorro de paloma y de serpiente.

Te vas a Dios, al Padre de la vida
que te hizo a ti, al sol y a las estrellas,
y a Cristo que –como un tatuaje-
grabadas en tu cuerpo están las huellas.

Y te vas ocho siglos por delante
de que lleguen los hombres de mi tiempo:
¡ocho siglos de Iglesia y de cristianos
que tan poco han sabido de tu ejemplo!
Pero yo no quisiera resignarme
a hacer de tu mensaje una rutina
habiendo tanto enfermo entre los hombres
y tanta Iglesia que amenaza ruina.

Yo quisiera, a pesar de mis temores,
seguir tus pasos franciscanamente,
¡que hasta el diablo, si se lo propone,
puede llegar a ser un buenagente!

Vivir en sencillez, con esa magia
que cambia en fiesta lo más ordinario,
y amar mucho, sabiendo que, en el fondo,
solo el amor es revolucionario.

Agitador de un mundo que agoniza
y pacificador del lobo arisco:
¡Apúntame en la lista de tus locos
y enséñame a ser libre, fray Francisco!

*Francisco, el Buenagente.
José Luis Cortés.*

ÚLTIMO VUELO

Cuando mañana nazca el sol
y la tierra despierte del sueño de la noche;
cuando las flores abran sus hojas
y los pájaros canten al día;
cuando la brisa acaricie los álamos
y la canción del río salte entre las rocas;
cuando los animales dejen sus guaridas
y el hombre acuda a sus faenas;
cuando el calor de los trópicos
y el frío de las regiones polares
configuren los climas en la tierra;
cuando toda la creación cante,
echarán de menos al hermano Francisco,
al hermano universal, que desde los brazos amorosos
de Santa María de los Ángeles
emprendió su último vuelo
hacia los brazos del Padre
dejando en la tierra un sendero de alegría.

Clarisa Ávila

EN LA MISMA ENTREGA

Uno quisiera tener todo en sus manos y al final no tiene nada.
Cuando se anima y descubre que no tiene nada,
recién ahí puede disfrutar de todo.
Descubre la luz y la vida de la entrega,
el descanso en el abandono,
ese lanzarse y siempre ser sostenido.
Manos que sostienen y protegen sin ser las propias.
Manos que acarician y nutren del otro lado del abismo y del silencio.
Quisiera tener todo en sus manos; el miedo lo frena y no se suelta.
Teme la caída y hace de la soledad una máscara oscura.
Nacer de nuevo es la propuesta de la Voz en aquellas mismas manos.
Donde el abismo se torna rostro de Amor.
Mirada tierna, sonrisa de Reino y manos que abrazan lágrimas.
Así descansar en la misma entrega
y no hacer nada más.

Marcos Alemán

EN TU DESNUDEZ

Te sentirás solo, sin testigos.
Te encontrarás aislado, sin puentes.
Te abrumará el silencio, sin palabras.
Te dolerá el olvido, sin aplausos.
Te inquietará la duda, sin respuestas.
Te pesará la carga, sin ayudas.
Te asustará el compromiso, sin seguridades.
Te verás desnudo, sin mentiras.
Y Yo seré tu testigo, tu puente y tu palabra.
Yo seré tu aplauso, tu respuesta y tu apoyo.
Yo seré tu refugio y amaré tu desnudez
y te enseñaré a vivir de verdad.

José María Rodríguez Olaizola

ABISMO DE CONFIANZA

Desnudo y enraizado en Ti,
quiero andar, quiero volver a nacer.
Dejar que tu ternura abrace mi fragilidad;
mirarte de frente y mostrarte mi todo.
Intentar reparar las mismas heridas que provoqué...
Mirar mi historia y hacerme cargo de ella;
descubrir qué hacer.

Desnudo y enraizado en Ti,
deseo salir a colorear lo que antes desdibujé.
Volver a encontrar el tesoro, cuidar el de los demás.
Toco mi herida, la redescubro y la suelto para no refugiarme en ella.

Desnudo y enraizado en Ti vuelvo a soltar mi vida.
Abismo de confianza, vértigo de soledades.
Silencio de sonrisas y lágrimas,
austeridad del peregrino y compañero.
Para no seguir repitiendo historias.
Profundas raíces que traman resurrecciones.
Savia que llena y plenifica
ramas y brotes atentos a tardías heladas.

Marcos Alemán

DESPEDIDA

Quizás, cuando me muera,
dirán: Era un poeta.
Y el mundo, siempre bello,
brillará sin conciencia.

Quizás tú no recuerdes
quién fui, mas en ti suenen
los anónimos versos
que un día puse en ciernes.

Quizás no quede nada
de mí, ni una palabra,
ni una de estas palabras
que hoy sueño en el mañana.

Pero visto o no visto,
pero dicho o no dicho,
yo estaré en vuestra sombra,
¡oh hermosamente vivos!

Yo seguiré siguiendo,
yo seguiré muriendo,
seré, no sé bien cómo,
parte del gran concierto.

Gabriel Celaya

VIVIR AMANDO

Vivir amando.
Amar esperando.
Esperar acogiendo.
Acoger cantando.
Cantar sembrando.
Sembrar soñando.
Soñar construyendo.
Construir compartiendo.
Compartir bendiciendo.
Bendecir acompañando.
Acompañar caminando.
Caminar viviendo...
y vivir amando...

Florentino Ulibarri

BALANCE

Al final del camino cosecharemos amor,
sembrado en desvelos, palabras, silencios y gestos.
Compartiremos, en cena festiva
la mesa en que un día
dejamos unos panes y unos peces,
y descubriremos a nuestro lado
a quienes tanto hemos querido.
Contemplaremos nuestra historia,
como la ve Dios.
Él nos dirá quiénes fuimos.
En su relato, verdad y misericordia
bailarán entrelazadas,
para mostrarnos luces y sombras.
Volverá a arder el corazón
como en tantos instantes en que fuimos suyos.
Quizás duela un poco el bien que no hicimos.
La Vida, mayúscula, eterna, e invencible,
acogerá la muerte en su abrazo.
Al fin habremos llegado.
A casa.

José María Rodríguez Olaizola

Y AL FINAL, HERMANO

Al principio, hermano.
Hermano en la búsqueda incierta,
hermano en la libre pobreza,
hermano en el llanto que abraza.

En la vida, hermano.
Hermano en senderos de polvo,
hermano en risas compartidas,
hermano en la belleza del otro.

Al final, hermano.
Hermano en el gozo sereno,
hermano en la vida entregada,
hermano en la plenitud que no cesa.
Y al final, hermano.

Luis Silvestre

DESPEDIDA

Déjame marchar,
aunque te falte el aliento,
de ver huérfana tu vida,
vacía tu alma, inútil tu afán.
De comprender al fin,
de una vez,
que el sarmiento sin la vid
nada puede emprender.
¡Se marchita!
Al final de mis días,
quise dejar todo escrito.
Mas luego pensé, ¡mejor nada!
Pues todo lo que quería decirte
lo dejé en el camino sembrado.
Ojalá, tu ruta como la mía,
te lleve por la vida, sin oro,
sin alforjas, sin bastón.
Siempre al encuentro del otro.
Para comer con él de su hambre,
para beber con él de su sed.
Ya no hay lugar a la espera.
Hasta mi vuelta,
clava tus pies en mis huellas
y que mi Espíritu te lleve
por la precariedad de este mundo,
con la brújula del corazón.
Y ¡solo una cosa más!
Nunca te rindas en la lucha
contra la injusticia,
contra la maldad.
Celebra, en esperanza,
cada derrota, cada fracaso,
cada paso adelante,
cada ínfima expresión
de lo bueno,
de lo bello,
de lo cierto,
de lo alegre,
de lo infinito.

Seve Lázaro